

AQUIL.—Y es muy honrado.

CAT.—No lo dudo.

AQUIL.—Vamos, anímese usted.

CAT.—(Seria.)—¡Don Aquilino!

AQUIL.—O anime usted a Isabel.

CAT.—Quiere a otro.

AQUIL.—Que lo deje.

CAT.—Y la corresponden.

AQUIL.—Qué más da eso. La cuestión es casarse. Y Aquilinito será un buen marido, un buen...

CAT.—Isabel quiere a otro.

AQUIL.—¿Y qué?... Ya sabemos que todas han querido a otro...

CAT.—Tantas muchachas como hay por el pueblo...

AQUIL.—Ninguna comparable a ustedes.

CAT.—Si no existiera ese cariño por medio, quizás Isabel...

AQUIL.—Y usted que no quiere a nadie, ¿por qué no quiere usted a Aquilinito? Es tan poquita cosa que sería continuar no queriendo.

CAT.—Le estimaré a usted que mudemos de tema.

AQUIL.—Catalina... Catalinita...

CAT.—Pero don Aquilinito... que el disminu-

tivo le cae a usted mejor que al niño; don Aquilinito, ¿no comprende usted que es poco airoso, con las canas de usted, andar pretendiendo novias? Que las pretenda él.

### ESCENA XIII

DICHOS Y SALOMÉ por la izquierda

SAL.—¿Novias?... ¿Qué significa eso?

CAT.—Don Aquilino que ha tenido la amabilidad de apasionarse por nosotras.

SAL.—¿Usted?...

AQUIL.—Para el niño...

CAT.—El no ha pensado en eso.

AQUIL.—Sí, lo ha pensado. Hablo yo en nombre del padre, del hijo...

CAT.—Amén.

SAL.—¡Que siempre ha de colocarse usted en evidencia, don Aquilino!...

AQUIL.—¿Siempre?

SAL.—Siempre. Todos lo dicen.

AQUIL.—¡Válgame Dios! Y cuántos son a decirlo... Con menos se sabría igual.

SAL.—Usted no ha reflexionado en la incorrección que demuestra pretendiendo entrar en una familia y en una casa formal, al día siguien-

te de un escándalo en las calles y de recibir una paliza.

AQUIL.—Pues por eso, señora; a ver si no me pegan más.

SAL.—Ya fuimos exageradamente benévolas con usted aparentando ignorancia de ciertas ligerezas incalificables; pero figurarse que admitiremos complacidas la nota de burla y de escarnio que a usted le sigue por todas partes, jeso no lo tolero, don Aquilino!

AQUIL.—Doña Salomé...

SAL.—Estoy muy enterada de la conducta bochornosa de usted.

AQUIL.—Doña Salomé...

SAL.—Y no hablemos de ello, que para usted resultaría enojoso.

AQUIL.—Perdóneme, perdóneme y adiós...

SAL.—(Secamente)—Adiós.

AQUIL.—Ya sé que vivo en perpetuo ridículo, ya lo sé...

SAL.—Porque usted lo desea.

AQUIL.—¿Yo...? Usted no recuerda... ¡claro! ¿para qué van a recordarse las desdichas ajenas?... que he tenido cinco hijos, y como la madre, cuatro murieron del pecho, tísicos...

CAT.—(Acercándose a él).—¡Don Aquilino!

AQUIL.—(Sonriendo).—Permítame que lo diga doña Catalinita...—(A Salomé).—Usted no recuerda... ¡claro! que este Aquilinito ni siquiera pudo ir al colegio porque se crió flacucho y débil...

CAT.—Quédese, don Aquilino, y tomará el chocolate con nosotras... ande...

AQUIL.—(Sonriendo).—No, gracias...

SAL.—Siéntese, don Aquilino.

AQUIL.—(Sonriendo).—No, gracias. Usted con una hija sana y fuerte y robusta, ¿cómo ha de explicarse que un constipado, la tos de un catarriño insignificante, suene a espanto y congoja?... ¡Claró! No se lo explica usted...

SAL.—Siéntese, don Aquilino, no esté de pie.

AQUIL.—(Sonriendo).—No, gracias...

CAT.—Que estará más cómodo...

AQUIL.—(Sonriendo).—Gracias, no... Ya, mayorcito, fuimos a ver en París a un amigo. Dió la coincidencia de que el amigo era médico, y por broma le reconoció. Estaba muy bien, y con régimen no había cuidado ninguno. Después me llamó aparte: «está muy bien... pero procure usted que no coja ninguna de esas pícaras enfermedades... porque le subiría al pulmón, y siendo algo propenso...»

CAT.—¿Nos perdona usted a nosotras?  
 AQUIL.—(*Sonriendo.*)—¿De qué? Hasta los veinte años pude retenerle... pero una noche se escapó de casa y entonces comprendí que era menester capitular, ir con él para que él no se fuera solo...

CAT.—¡Don Aquilino!

AQUIL.—Y ya que no podía privarle de lo malo, escogerle lo que fuera menos malo...

SAL.—¡Don Aquilino!

AQUIL.—Y ahí tiene usted ya a don Aquilino en ridículo...

SAL.—Siéntese un momento.

AQUIL.—No puedo.

CAT.—Un momentito...

AQUIL.—No puedo, no puedo. Tenemos ensayo... ¡Adiós, señoras!

SAL.—¡Don Aquilino!

AQUIL.—Adiós... Tenemos ensayo... y me riñen.

(*Mutis don Aquilino por el foro.*)

#### ESCENA XIV

SALOMÉ y CATALINA

CAT.—¿Si estaremos equivocadas, madre?...

¿Si no será tan ridículo todo lo que nos lo parece tanto?

SAL.—A veces...

CAT.—¿Y lo que nos parece muy noble y muy elevado, no lo será algo menos de lo que pensamos?

SAL.—¡En eso no hay error!

#### ESCENA XV

DICHAS e ISABEL por la derecha.

ISAB.—Tía; el señor alcalde pregunta por teléfono si podéis recibirle.

SAL.—Se empeña en llevar el golpe de frente.

ISAB.—¿Le rechazaréis?

SAL.—¿Qué duda cabe? Es una pretensión ridícula.

CAT.—¡Cuidado, madre! Ya una vez nos engañamos al juzgar...

SAL.—¡En esto no!

CAT.—Tú lo dices...

SAL.—La que puede ostentar el título de Condesa de Río fuertes no se detiene ante el apellido de un Olmedo. Recibirle cortésmente, sí... Ven conmigo, Catalina.

(*Mutis por la izquierda Salomé y Catalina.*)

## ESCENA XVI

ISABEL. Luego EDUARDO por el foro.

ISAB.—Cree que tiene fortuna y posición y estirpe... y es al revés, la tienen a ella, amarrada, prisionera, esclava... (Pausa.)

EDUAR.—Isabel...—(Colocándose a la izquierda, para que ella pase luego.)

ISAB.—(Sobresaltada.)—Eduardo...—(Calmándose y risueña.)—buenas tardes.

EDUAR.—Buenas. ¿Está doña Salomé?

ISAB.—Está.

EDUAR.—¿Quieres avisarla?

ISAB.—Quiero.—(Pausa; tímidamente.)—He temido que estuvieras enfermo...

EDUAR.—¿Por?...

ISAB.—Porque hace días que no vienes... Estarás más ocupado...

EDUAR.—Mucho más.

ISAB.—(Pausa.)—Voy a avisar...

EDU. —Mi padre quiere saber si podrán firmar esta tarde las escrituras que le encargaron.

ISAB.—Como te marcharás en seguida...

EDUAR.—Sí, en seguida.

ISAB.—Ya me despido. Adiós, Eduardo... Y me alegro que no fuese enfermedad...—(Pausa. Acercándose algo.)—Siempre te he considerado un buen amigo, y por eso tuve algunas franquezas... que me perdonarás. Si no has cambiado y no te molesta, desearía que me guiaras en un asunto muy importante para mí.

EDUAR.—No hubo motivo para cambiar. Dí lo que desees: te escucho con mil amores.

ISAB.—¿Con mil?... ¿No serán muchos?

EDUAR.—Rebaja unos cuantos.

ISAB.—Tú estás enterado de mi situación, de que nadie tiene derecho para reprocharme nada... Aquí no soy gravosa... ¡Procuro no serlo! Pero muy agradecida y muy estimada, preferiría...

EDUAR.—Tu casa: es lógico.

ISAB.—Aunque yo no lo busqué ni he coqueteado, o tal vez por lo mismo que no he coqueteado, el caso es que me salió una buena posición.

EDUAR.—¿Y le quieres?

ISAB.—No.

EDUAR.—¿No? Pues haz cuenta que no te ha salido nada.

ISAB.—El caso es que podría convenirme...

pero el caso es también que no sé desprenderme de otro maldito querer...

EDUAR.—¿Y ese otro?...

ISAB.—Yo creo que no.

EDUAR.—¿No?

ISAB.—Y este es el consejo que pido. Si ese otro no sospecha que le quiero, ¿haré mal diciéndoselo?

EDUAR.—¿Te atreverías?

ISAB.—¿Por qué no? Callando, soy yo quien pierde: hablando... ¿pierdo o gano? Esta es mi pregunta.

EDUAR.—Es una preguntita...

ISAB.—Como de palabra sería muy duro, pensaba escribirle...

EDUAR.—Señorito, le amo a usted...

ISAB.—No así, pero así vendría a ser. Tuve miedo a las burlas, a que mi pobre carta rodase de mano en mano...

EDUAR.—¿Has tenido alguna conversación con él?

ISAB.—De otras cosas, sí; muchas.

EDUAR.—¿Y no entiende que tú le admitirías?

ISAB.—No lo entiende.

EDUAR.—(*Muy dulce, muy cariñoso.*)—Pues no escribas.

ISAB.—¿Es tu opinión?

EDUAR.—Sí. Ya sé que tú no pensabas escribir, Isabel.

ISAB.—¿Y hablarle?... Decirle que me buscan, que me persiguen, que alguien ve en mí lo que él no quiere ver...

EDUAR.—(*Muy dulce, muy cariñoso.*)—No hables, Isabel...

ISAB.—¿Sería torpe?

EDUAR.—Lo sería. Y ya que tienes esa proporción...

ISAB.—(*Duramente.*)—Sólo pedí un consejo. ¿Lo diste? Pues no te fatigues en resolver lo demás.

EDUAR.—(*Afectuoso.*)—¡Atiende, Isabel. Si ese otro, realmente te conviene...

ISAB.—(*Dura.*)—¡Gracias! Voy a avisar.—(*Marcha decidida.*)

EDUAR.—(*Enérgico.*)—¡Atiende! Acéptalo y cástate. Pero si tu cariño es verdadero, como tu situación no exige resolverla en horas ni en días, aguarda más horas y más días, que esa es tu obligación de mujer, y a veces aguardan también los hombres para hablar.

ISAB.—¡Es que me dijeron que te casabas!...

EDUAR.—¿Tengo yo que ver en tu historia?

ISAB.—¡No hombre, no!

EDUAR.—(Sonriendo.)—Ah...

ISAB.—(Sonriendo.)—No...

EDUAR.—Yo mismo, que me muero por hablar, no hablaré hasta el año próximo, que mi padre me ofreció una participación en su despacho.

ISAB.—Haces muy bien. Una pregunta sola.

EDUAR.—Pues una sola respuesta. Dí.

ISAB.—¿Tú quieres a Catalina?

EDUAR.—No.

ISAB.—¿No?

EDUAR.—No.

ISAB.—(Gozosa).—¡Ay, qué bien!

EDUAR.—(Riendo afectuoso.)—Isabel...

ISAB.—(Pausa.)—¿Decías algo?

EDUAR.—Nada.

ISAB.—Voy a avisar...

EDUAR.—Avisa.

ISAB.—(Marchando lentamente; sonríe gozosa.)—Un año es tan poco...

EDUAR.—Doce meses...

ISAB.—(Se vuelve, lo mira y sonríe.)—Voy a avisar...

EDUAR.—(Sonriente siempre.)—Avisa...

ISAB.—(Marcha; en la puerta se detiene.)—  
¿Decías algo... Eduardo?

EDUAR.—Nada, nada...

ISAB.—Pues adiós...

EDUAR.—Adiós.

(Mutis Isabel por la izquierda.)

### ESCENA XVII

EDUARDO. BONIFACIO por el foro derecha

BON.—(Dejando un pequeño intervalo para entrar.)—Don Eduardo...

EDUAR.—¿Qué, Bonifacio?

BON.—Ahí viene el señor alcalde.

EDUAR.—Bueno.

BON.—Es que viene de levita y de chistera.

EDUAR.—Bueno.

BON.—¡Para mí que es algo muy gravel!

### ESCENA XVIII

DICHOS. FILOMENA por la izquierda.

FIL.—(Rápida.)—Oye, Boni...

BON.—(Riendo.)—Filomenilla...

FIL.—Si viene el señor alcalde...

BON.—¡Viene, viene; de chistera!

FIL.—Que pase por la escalera grande: al salón del principal.

BON.—¿Al salón del principal? ¡Para mí que es algo muy grave!

FIL.—¡Anda, corre!...

*(Mutis rápidos, Bonifacio por el foro y Filomena por la derecha.)*

### ESCENA XIX

EDUARDO, SALOMÉ y CATALINA por la izquierda.

SAL.—Eduardo, dígame usted a su padre que hoy no podré ir. Mañana de cuatro a cuatro y media. Perdona, que tengo visita...

### ESCENA XX

DICHOS. ANSELMO por el foro.

ANS.—Un minuto, un minuto, doña Salomé.—*(Llevándola aparte.)*—Contra todas mis previsiones, ese hombre nos ofende con su declaración.

SAL.—Descuide usted: le rechazaremos.

ANS.—Tengo una intranquilidad colosal, porque es un muchacho tan listo, tan simpático, tan rico... y ella hablaba con él tan entusiasmada...

SAL.—Es sensible desairarle, pero...

ANS.—¡Marcho tranquilo!

SAL.—Ahora lo esencial es que usted se marche, sí. Nos esperan.

*(Mutis Salomé por la derecha.)*

ANS.—Ni una frase, Catalina. Hay momentos en que el silencio lo expresa todo.

CAT.—Pues expréselo usted.

ANS.—¿Eh?

EDUAR.—Sí; con el silencio...

ANS.—¡Ah!... Volveré. Cuente usted conmigo,

*(Mutis por el foro.)*

### ESCENA XXI

CATALINA y EDUARDO

CAT.—¡No cuento con él; pero volverá!

EDUAR.—¿Va usted enfadada?

CAT.—No...

EDUAR.—Tan seria...

CAT.—Será muy serio lo que decido.

EDUAR.—¿Es Pascual Olmedo?—*(Mirando a la derecha.)*

CAT.—Ya sabe usted la mitad.

EDUAR.—¿Y la otra mitad?

CAT.—*(Pausa: decidiéndose.)*—También puede usted saberla: que le rechazamos.

EDUAR.—El me lo dijo.

CAT.—¿Y viene?

EDUAR.—Viene a curarse, a romper de una vez ese encanto que le dificulta la vida.

CAT.—La vida...

EDUAR.—Se atravesó este amor en su camino: la realidad le asegura que no puede ser, que no será... pero en si mismo ha de sentir alguna fibra soñadora que le repita: no será, no puede ser... pero, ¿y si fuera?

CAT.—¿Y viene ya descorazonado?

EDUAR.—Así viene. Mientras conserve una esperanza, a ella se aferrará. Cuando se la arranquen por completo, aunque vaya dolorido y desesperado, ya puede ir más firme y más seguro por el camino adelante.

CAT.—Irá... irá...

EDUAR.—¿Quién sabe?

CAT.—¿Usted es muy amigo suyo?...

EDUAR.—Y de usted.

CAT.—¿Mío? Porque le defiende usted a él, porque me inclina usted a él... ¿se cree usted amigo mío? No, suyo.

EDUAR.—Si no temiera yo herir alguna susceptibilidad de usted, le diría...

CAT.—Por dicho ya. Que todas mis ideas son

prejuicios, que no hay alcurnia que valga lo que una hora de cariño... ¿es eso?

EDUAR.—Eso es. Y más aún.

CAT.—¿Y quién me garantiza que soy yo la equivocada y no lo es usted?... ¿Usted habrá visto muchas familias, ligadas por el vínculo de los apellidos, que fueron desgraciadas?

EDUAR.—Muchas.

CAT.—¿Y no ha visto usted muchas que se ligaron por cariño y se aborrecieron luego?

EDUAR.—También las ví.

CAT.—¿Y entonces? Si lo único seguro es que no sabe nadie con qué piedra edificar la casa de la felicidad, si al fin se sostienen lo mismo, y lo mismo se desmoronan, los techos que formó el amor y los de la fortuna y los del orgullo...

EDUAR.—El final es lo mismo.

CAT.—¿Y entonces?

EDUAR.—Es lo mismo el final; pero desengañándose todos, el que lleva una hora de amor, lleva más que todos ya.

CAT.—¿Y quién me garantiza que en Pascual Olmedo?...

EDUAR.—¿Habría amor?... Para que a usted la quieran, por usted misma, tiene usted mayores condiciones y motivos que otras muchas

mujeres, pero eso precisamente la hace a usted desconfiada... y la desconfianza es siempre el primer castigo de la soberbia propia.

CAT.—¡Eduardo!..

EDUAR.—(*Sonriendo.*)—¿Enemigo ya?...

CAT.—¡No!

EDUAR.—Lo encontró Filomena con Bonifacio; Isabel...

CAT.—Con usted.

EDUAR.—Connigo, sí. Y usted, la más noble, la más codiciada...

CAT.—¡Bastal

EDUAR.—¿No lo va a encontrar?... Quizás no, que el amor no se hizo para los que dudan sino para los que creen.

CAT.—Entre él y yo está mi madre.

EDUAR.—(*Acosándola.*)—¿Y sin ella?

CAT.—¿Qué placer saca usted de obligarme a confesar lo que yo misma no me atrevo a pensarlo sin angustia?...

EDUAR.—¡Es que le va a usted la vida en ello!

CAT.—Por de pronto va la de mi madre. Ya no es el rango, ni la estirpe lo que defiende en este minuto... es la bondad, el cariño, la confianza que tiene en mí. Si una hora de amor va-

le una vida, una vida de amor como la que mi madre me consagra, ¿no valdrá una hora mía de arranque y de firmeza?

EDUAR.— Es una idea falsa la suya: son falsas las que usted adquirió escuchándola a ella; pero aun así y todo, las bendigo. ¡Bendito sea el que verdadera o falsa tiene una idea firme y arraigada!

CAT.—Si no causara amargura ninguna, no valdría tanto el ser leal... ¡Es un mal rato a pasar: lo pasaré! Y el amor que conservo me indemnizará del amor que rechazo...

EDUAR.—¿No piensa usted más que en sí misma?...

CAT.—Pascual Olmedo se consolará también... Se olvida muy pronto, y quizás muy pronto le veamos con otra feliz...

EDUAR.—Casarse con otra, a veces no es más que apartarse de una...

## ESCENA XXII

DICHOS. FILOMENA por la derecha.

FIL.—¡Señorital...

EDUAR.—¡Aún es tiempo, Catalina! El amor está ahí.

CAT.—¡No puede ser!

EDUAR.—No lo encontrará usted, no; usted no puede encontrarlo.

*(Catalina, sin hablar, lucha como para decir algo, y al fin da la mano a Eduardo y se va por la derecha.)*

FIL.—*(Cuando Catalina pasa por su lado.)*—Ya está en la sala ese señor...

*(Váse Catalina por la derecha y Eduardo por el foro.)*

### ESCENA XXIII

FILOMENA, que marcha hacia la izquierda. BONIFACIO por el foro.

BON.—Buenas tardes, Filomenilla.

FIL.—Ya las diste.

BON.—No le hace. Buenas tardes.—*(Rie.)*

FIL.—Buenas. ¿De qué te ríes?

BON.—Pues si yo lo supiera no me reía tanto... ¡Escucha, mujer, ahora no se trabaja...

FIL.—No.

BON.—¿Y ahora, te gustaría un cacho de pa-  
liques?

FIL.—No.

BON.—¿No?...—*(Riendo.)*

FIL.—No.

BON.—*(Serio)*—Pues hablemos de otra cosa.

FIL.—Empieza a ver.

BON.—¿Que empiece?...

FIL.—Será lo de siempre: que me quieras.

BON.—*(Rie.)*—¿Qué más?... ¡Ay, Filomenilla, en cuanto que me acuerdo que de chicos tú has jugado conmigo y yo he jugado contigo, y que ahora yo podía jugar contigo y tú no quieres jugar conmigo, se me arma una solidaridad que ni yo mismo la entiendo.

FIL.—Tú verás cómo sales.

BON.—¿No me amparas?

FIL.—No.

BON.—¡Pero qué diferenciada estás de genio!... Verdad que tú has cambiado en todo lo visible. Con lo flacucha y lo esmirriada que eras antes... y hoy eche usted por este lado... eche usted por el otro lado... y por todos lados hay que verte, Filomenilla.

FIL.—¿Tú te imaginas que eso se le dice a una muchacha?

BON.—¿Pues a quién se lo voy a decir ¡re-  
diósl a tu señor padre?

FIL.—A nadie, que no es de obligación. Y si

has de platicar conmigo, ya estás mudando de palabras. ¿Va bueno así?

BON.—¿Que siva bueno así? Va. Como que estando a tu lado no puedes mandarme más que una cosa mala, que es marcharme. En lo demás, cumplida te has de ver.

FIL.—Te he dicho que no mientes a mi persona.

BON.—¿También esto quema?...

FIL.—También.

BON.—¡Válgame la Virgen, y qué ahuecado trae el manto!

FIL.—Alguien lo rizaría...

BON.—(*Triste.*)—Pues válgame ese alguien... mujer.

FIL.—Canta otro canto. ¿No sabes?

BON.—Probaremos a la obediencia.—(*Pausa.*)  
—Filomenilla...

FIL.—¿Qué?

BON.—(*Riendo.*)—Filomenilla...

FIL.—¿Qué, hombre? ¿Otra vez te ríes?

BON.—¡Es que me hace muchísima gracia no saber qué decírtel...—(*Ella se ríe.*)—¿Lo ves? Con los años que tú tienes y con los años que yo tengo, no hay nada tan gracioso como estar callados.

FIL.—No te arrimes, hombre.

BON.—¡No me arrimo, mujer! Es que me arrempujaron.

FIL.—¿Quiénes?

BON.—Los quereres que soplan hacia aquí.

FIL.—Temprano amanece.

BON.—No es temprano, no.

FIL.—Todavía. Yo soy muy chica.

BON.—Mejor.

FIL.—Y no sé nada del mundo.

BON.—Mejor.

FIL.—Y cualquiera puede engañarme.

BON.—Mejor...

FIL.—Y tú no me gustas.

BON.—Eso es lo peor que has dicho.

FIL.—Que tienes muy mal sentido y para gustarme a mí, han de venir primero muy firmes y muy derechos.

BON.—¿Nada más?

FIL.—Y lo que diga el cura.

BON.—Ese dice siempre lo mismo. Y como en lo firme, haz comparanza que soy un roble, ya puedes mirarme alguna vez a cuenta de mi firmeza.

FIL.—(*Mirándole de veras.*)—A cuenta...

BON.—¡Ay, Filomenilla!

FIL.—¡Quietol Y toda esta jácara, de aquí a tres años, ¿eh?

BON.—¡Que voy a estar plantado mucho tiempo, mujer!...

FIL.—Pero yo no puedo cavilar aún en lo serio, que soy muy tierna.—(Marchando.)—Y hasta otra feria, Bonifacio.

BON.—Salud, mujer...

FIL.—Salud, hombre...

BON.—Y una mijilla de buena voluntad.

FIL.—¿Una mijitilla?... Una mijitilla la hay.

(Mutis por la izquierda.)

BON.—Ole.

#### ESCENA XXIV

BONIFACIO. CAÑAMÓN por la izquierda.

CAÑ.—(Con un libro grande.)—¿Qué tal va eso?

BON.—Eso, bien, y esa, muy bien.

CAÑ.—Muchas vueltas le das a la Filomena.—(Se sienta a la mesa.)

BON.—¡Y aún le he de dar más, como no sea ariscal

CAÑ.—Allá tú... y ella.

BON.—¿Me adelanta usted cinco duros, señorito?—(Riendo.)—Para una idea muy fina que me está subiendo, subiendo...

CAÑ.—¿De dónde?

BON.—Del corazón. Es para comprarle un pañuelo de seda el día del santo.

CAÑ.—Bueno.

BON.—Ole los señoritos. Es una idea muy fina, ¿verdad, usted?...

CAÑ.—Finísima.

BON.—Ole, Bonifacio.

(Mutis por el foro.)

#### ESCENA XXV

CAÑAMÓN, SALOMÉ y CATALINA por la derecha.

SAL.—No te pese haber rechazado a ese hombre...

CAT.—Alrededor mío todas han encontrado ya su compañero, su amor... y yo, que valgo más que todas ellas, me quedo rezagada. ¿Por qué será, madre?

SAL.—No puedes decirlo aún...

CAT.—Los veintisiete ni los veintiocho no los cumplo ya...

SAL.—Y tú tienes a Narciso.

CAT.—¡Cuando él no tenga a Maximal!

SAL.—No es verdad.

CAT.—¡Júralol

SAL.—Y aunque lo fuese... esas son calaveradas sin importancia...

CAT.—¿Y por ese Narciso voy rechazando a todos? Esto es lo que yo aguardo, madre. Mi rango, mi alcurnia y la línea entera de nombres gloriosos, ¿está aguardando a que el primo Narciso se canse de una Maximal?...

SAL.—¡No lo vuelvas a decir!

CAT.—No lo volveré a decir... ¡quiera Dios que tampoco lo vuelva a pensar!

SAL.—No hay más que un camino, hija, para llegar a la felicidad...—*(Marchando.)*

CAT.—¿Y si hubiera muchos?—*(Inmóvil.)*

SAL.—¡No!

CAT.—Si nos engañásemos, madre...

SAL.—¡No!

*(Mutis por la izquierda.)*

CAT.—Debe ser muy amargo vivir en un error... pero convencerse, desengañarse al final, cuando es ya irremediable, debe ser más horrendo aún...—*(Marcha, pero al ruido de volver ho-*

*jas que hace Cañamón, se vuelve.)*—¿Estabas ahí? ¿Qué haces?

## ESCENA XXVI

CATALINA y CAÑAMÓN

CAÑ.—Mirarla a usted, doña Catalina...

CAT.—Ese no es trabajo...

CAÑ.—Ahora no. El trabajo es luego, cuando yo no puedo mirar, y aún me figuro que sigo viendo.

CAT.—*(Grave.)*—Te prevengo que en este mismo instante he despedido a quien vale más que tú.

CAÑ.—Naturalmente. Para ese no se hizo la jaula de este pájaro.

CAT.—*(Rabiosa.)*—Para tí, ¿verdad?

CAÑ.—*(Asombrado se levanta y va hacia ella.)*—¿Cómo para mí, doña Catalina?

CAT.—*(Despreciativa.)*—¿Que debo quererte?

CAÑ.—*(Parándose.)*—¿A mí?... ¿a Cañamón? ¿Pero cuándo se ha visto que los cañamones se coman a los pájeros?

CAT.—Pareció que lo pretendías.

CAÑ.—No, señora. Bien que yo tenga les sentidos un poco trastornados pensando en usted,

que para algo es guapa y rica y bondadosa... pero sería muy absurdo que soñase en lograr todo eso, que para algo soy pobre y humilde...

CAT.—(Sonriendo.)—¿Tan poco te crees?

CAÑ.—Un cañamón. Si fuese usted al mercado a comprarlo, no se lo vendían, se lo regalaban.

CAT.—Y entonces, ¿por qué me miras?

CAÑ.—Porque no soy nadie ni valgo nada. Y no pudiendo preocuparla a usted... ¿por qué me he de privar yo de ese regalo?

CAT.—No insistas mucho, que me enfadará...

CAÑ.—No, señora.

CAT.—Muy seguro lo dices.

CAÑ.—Seguro. Si yo fuera alguien, mirar sería pretender, esperar... pero a la distancia que la vida nos ha colocado, mirar es rendirse, humillarse más aún.

CAT.—¿Eso es de un libro?

CAÑ.—Sí, señora.

CAT.—¿De una novela?

CAÑ.—Sí, señora.

CAT.—¿De cuál?

CAÑ.—De la mía.

CAT.—(Burlona.)—¿La escribes?

CAÑ.—La vivo.

CAT.—¡Vaya, vaya! Déjate de novelas y atiende a los papeles.

CAÑ.—¿Y por qué no seguirla?... «Capítulo quince: de cómo Cañamón sueña con el sol arreglando cuentas y facturas, y recibos...»

CAT.—Es la prosa indispensable...

CAÑ.—Pero sirve para los versos. Riqueza, dinero... tienen consonantes magníficos... Riqueza, belleza: dinero, te quiero...

CAT.—(Despidiéndose.)—¡Trabaja, trabaja!

CAÑ.—(Yendo humilde a la mesa.)—Ya trabajo, ya, doña Catalina...

## ESCENA XXVII

DICHOS. ISABEL y FILOMENA por la izquierda.

ISAB.—(Tras una pausa entra ligera.)—¡Soy feliz! ¡Me quiere! Además...

CAT.—¡Deja ya lo demás si eres feliz!

ISAB.—Tú desprecias la suerte cuando la suerte te busca... ¡Allá tú! Pero no te enojés conmigo porque yo acepte la mía con los brazos abiertos...—(Va a la reja derecha.)

CAT.—No me enojo. Que seas dichosa... ¿Y tú, Filomena, también eres feliz?

FIL.—(*Sentada y con la labor.*)—Tendré que serlo, señorita. Se pone tan pesado...

CAT.—¿Bonifacio?

FIL.—Sí, señora, Bonifacio. Ya sabe usted lo pesado que es...

### ESCENA ULTIMA

DICHOS. EDUARDO por la reja de la derecha y BONIFACIO por la de la izquierda.

ISAB.—¡Adiós, Eduardo!...

EDUAR.—(*Acercándose*)—¿Llamabas, Isabel?...

ISAB.—No. Decía adiós...

EDUAR.—Eres muy amable...

ISAB.—¿Por esto solo muy amable?...

(*Catalina los mira, mira a Cañamón, y éste se sonríe encogiéndose de hombros.*)

BON.—¡Filomenilla!...

FIL.—¡Hombre! ¡Bonifacio!...

BON.—(*Riendo.*)—¡Filomenilla!... ¡Cuánto hace que no te he visto!...

(*Catalina los mira, mira a Cañamón y éste se sonríe encogiéndose de hombros y hace mutis por la derecha.*)

CAT.—(*Como hablando consigo misma.*) ¡Yo, solal... ¿El vivir tan alta valdrá la pena de vivir tan aislada?...

### TELON

FIN DE LA COMEDIA